

FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR (C)
Homilía del P. Hilari Ragner, monje de Montserrat
13 de enero de 2013
Lc 3, 15-16. 21-22

La solemnidad del bautismo de Jesús es la fiesta de nuestro bautismo. Él se hizo bautizar por Juan, no porque necesitara santificarse, sino para santificar las aguas de nuestro bautismo.

En el Museo Bíblico de Montserrat se puede ver en una vitrina una colección de sellos cilíndricos babilónicos. Son unos pequeños cilindros de piedra o de hueso, que se hacían rodar sobre una mesita de barro y así marcaban la huella del sello. Era como la firma al pie de un documento. Todos tienen un agujero longitudinal, porque se llevaban colgados del cuello con una cadenita o cordón. Por eso el Cantar de los Cantares 8,6 dice. "Ponme como un sello sobre tu corazón". Era como llevar la tarjeta de crédito. Nosotros somos sólo barro, pero como decía San Pablo a los corintios (2Cor 1,22), Cristo "nos ha marcado con su sello", y a los efesios (1,13): "creyendo en él, habéis sido marcados con el sello del Espíritu Santo prometido", y así el barro humano se ha convertido en divino.

Bautizarse significa, literalmente, sumergirse en el agua. La limpieza física es símbolo de purificación espiritual, y por eso varias religiones habían adoptado este rito. En tiempos de Jesús lo hacían algunos grupos religiosos judíos, como el de Juan el Bautista. Pero en el bautismo instituido por Jesús, al simbolismo de la purificación se le añade el de su muerte y resurrección. Sumergirse por completo en el agua es como morir, y salir es como resucitar. Decía San Pablo a los colosenses 2,12: "Por el bautismo fuisteis sepultados con Cristo y habéis resucitado con él". Y a los gálatas 3,27: "Cuantos habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo". Y aún a los romanos: "Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva" (Rom 6, 4).

En la Vigilia Pascual el celebrante escenifica el bautismo de Jesús cuando introduce el cirio pascual en la pila bautismal y luego lo saca, diciendo: "Te pedimos, Señor, que el poder del Espíritu Santo, por tu Hijo, descienda sobre el agua de esta fuente, para que los sepultados con Cristo en su muerte, por el Bautismo, resuciten con él a la vida".

El bautismo se celebraba primitivamente sumergiéndose por completo en la pila bautismal, y en algunas Iglesias todavía se hace así. Por razones prácticas bien comprensibles, nosotros lo hemos reducido a un chorrito de agua derramada sobre la cabeza del niño. Aquellos grandes misioneros, como San Francisco Javier o San Pedro Claver, que bautizaban multitudes de indígenas, lo hacían simplemente salpicando los mismos, por aspersion, tal como hemos hecho al comenzar esta misa. Pero el sentido de esta aspersion es igualmente el de sumergirnos del todo en el misterio pascual de la muerte y resurrección de Jesucristo.

No es que con la aspersion de hoy nos bautizamos de nuevo. Otros sacramentos, como la eucaristía o la penitencia, los podemos repetir, pero el bautismo no se puede reiterar, porque no se borra. La Iglesia, misericordiosamente, puede dispensar los compromisos sacerdotales o religiosos, pero ni el Papa puede dispensar de las renunciaciones y las promesas del bautismo. Las podemos cumplir, o podemos ser infieles, pero nos marcan para siempre. Con esta aspersion las renovamos. Expresamos que ahora asumimos personalmente lo que nuestros padres y abuelos prometieron por nosotros cuando éramos niños, y pedimos que aquel bautismo dé ahora todos los

frutos de una vida en Cristo que aún no le hemos dejado dar. Porque el bautismo no actúa mágicamente, sino que es el sacramento de la fe, y una fe que es compromiso.

En el mismo Museo Bíblico de Montserrat hay también un recipiente con granos de trigo encontrados en las pirámides de Egipto. Forman parte de las ofrendas que depositaban con las momias, para que fueran útiles a los difuntos en el otro mundo. Dicen que algunos de estos granos de trigo de las pirámides, conservados miles de años en el ambiente absolutamente seco del desierto, puestos ahora en tierra húmeda han germinado. Los de nuestro Museo, lo probaron y no germinaron, se ve que habían pasado demasiado tiempo a la intemperie. Pero la semilla de nuestro bautismo, por años que haya pasado al aire libre, siempre tiene el poder de hacernos dar frutos abundantes de vida cristiana.